

muerte, sin dejar en el alma más que el disgusto de haber disfrutado de ellos, el remordimiento de haber abusado de ellos! ¿Por qué, pues, espíritus limitados que somos, corazones carnales, por qué buscar esos honores, por qué amarlos hasta sacrificar el cuerpo y el alma, el tiempo y la eternidad? (1).

Fe de Jesucristo, ¿qué ha sido de tí entre los cristianos? ¡Cuánto no hacemos para alcanzar empleos y honores, para llegar á ser siervos de los reyes de la tierra, y cuán poco nos apresuramos para ser, no solamente siervos, sino hijos del gran Monarca de los cielos! ¡Ah! si somos sensibles al aguijón de la verdadera gloria, si nos arrastra la ambicion, sepamos aspirar á cosas más sólidas y más duraderas. Apresurémonos á entrar en la gracia de Dios, á tomar el espléndido traje de la caridad divina, que desde luego nos transformará en hijos de Dios, y podremos decir: Dios, el Creador, el Señor del cielo y de la tierra es mi Padre, y yo soy su hijo, el heredero de su gloria y de su felicidad en el cielo. Con esta ropa nupcial, divina, el hombre entra en sociedad íntima con Dios, es un miembro de su familia (2).

¡Contemplad al verdadero cristiano el dia de la persecucion, cautivo, privado de todos sus derechos, despojado de todos sus bienes, pero jamas esclavo! La gracia de que está ornado le eleva sobre su condicion: sometido á la voluntad de Dios, miéntras es víctima del capricho, del instinto brutal del hombre, tiene en su conciencia un dominio libre donde no penetran los espías, y desde el cual, como desde una ciudadela inexpugnable, noblemente activo y santamente soberbio, reina sobre sus opresores y conserva su dignidad de criatura de Dios, dotada de un alma espiritual y eterna.

¡Las fuerzas cristianas pueden oprimir al cristiano; pero degradarlo, jamas! Llevado ante los tribunales, arrojado al fondo de una oscura prision, el aire del calabozo que pesa sobre sus pulmones y le hace difícil la respiracion exterior, deja respirar libremente su corazon. Su palabra pasa á través de los guardias del pretorio, penetra por las bóvedas de su prision, sube

(1) Filii hominum usquequo gravi coram? Ut quid diligitis vanitatem et quæritis mendacium. (Ps. IV.)

(2) Societas nostra sit cum Patre et Filio ejus Jesucristo. (I, Jo., I.)

al cielo y hace descender sobre su alma la resignacion y la calma.

Dadme el primer hombre que se presente, un hombre de rango inferior, sin nacimiento, sin fortuna, sin genio, aplicado á las ocupaciones más viles, á dar vueltas á una rueda, á barrer las calles. Nadie se digna mirarlo, nadie se ocupa de saber quién es; se le mira como una máquina animada más bien que como una criatura inteligente. El mundo no lo considera nada; se tendría vergüenza de ser saludado por él, y mucho más de ser su amigo. Y sin embargo, si ese hombre posee la gracia, esta levadura divina lo eleva hasta Dios, atrae sobre él la atencion, el interes, la mirada y el amor de Dios, y derrama en su corazon torrentes de amor puro, de manera que Dios reproduce en él su propia imágen, lo pone en comunicacion inmediata con Él; y desde entónces, tanto como este hombre es bajo y abyecto en su condicion civil y natural, tanto es elevado, noble, grande, segun la jerarquía del mérito en el orden espiritual. Tambien lo mismo que el hereje ha envidiado más de una vez la suerte del católico, así el pecador está muchas veces en el caso de envidiar la suerte del justo. Su vida le entristece, le humilla, le confunde. Pero la calma habitual, la serenidad inalterable, un no sé qué de puro, de dulce que del corazon del hombre lleno de esperanza y de amor se desborda y sale á su rostro, y le da una expresion celeste, un aire divino, hiere al pecador y le arranca del fondo del corazon involuntarios suspiros. ¡Ah, por qué no soy bueno como él! ¡Ah, cuán dichoso es el hombre que no ama más que á Dios, no sirve más que á Él, no aspira más que á Él! *Beatus populus cujus est Dominus ejus!*

¿Qué puede ver en el justo el ojo material y grosero del pecador para admirarlo y tenerle envidia? No ve más que ciertos signos exteriores, que son como la radiacion exterior, como la aureola de la gracia y de la vida. ¡Oh, si pudiese penetrar en el santuario de la conciencia, allí donde la virtud recibe en este mundo las primicias de su recompensa por el secreto contento que experimenta!

En fin, el tercer efecto de la levadura en la masa es darle el gusto, el sabor, la naturaleza de pan, y así.

¡Oh partidarios insensatos del mundo, que habláis sin cesar de placeres, de diversiones, de regocijos, de fiestas! ¿Hay placeres comparables á los de la inocencia? Hasta las lágrimas del arrepentimiento tienen una dulzura más verdadera, más exquisita, más intensa que las que hacen derramar los goces sensuales, los goces culpables. El corazón del cristiano en estado de gracia es como un festín continuo (1). Las espinas de su penitencia ocultan la miel de las delicias espirituales. Su modestia, su reserva, su gusto por el retiro, su silencio, su recogimiento es más fecundo en consuelos que todos los placeres licenciosos del siglo. Su vida, en apariencia melancólica y triste, es una vida verdaderamente dichosa. ¿No tiene más goces entre las privaciones á que se condena por amor á Jesucristo, que el mundano entre las febriles voluptuosidades á que se abandona?

¿Es acaso pequeña ventaja ser humilde en la prosperidad, resignado en la tribulación, tranquilo durante la vida, lleno de confianza en la muerte? ¿Es acaso una dicha que debe desdeñarse estar exento de remordimientos y poder decir: Espero estar en gracia de Dios; mi conciencia, gracias al cielo, no me reprocha nada; confío en Dios, y si vivo no pecaré; y si muero, me salvaré; si vivo, mi vida será un acrecentamiento de méritos; si muero, la muerte será para mí la mensajera de las recompensas y de la felicidad?

En efecto, ¿qué hay más dulce que la muerte del verdadero cristiano? No teme la muerte, al contrario, la aguarda con calma, la invoca con seguridad y la desafía intrépidamente, atreviéndose á decirle cara á cara: ¡Oh muerte, ¿dónde está tu victoria? ¿Dónde está la presa de tu guadaña? (2). No, la proximidad de la muerte no le espanta, el juicio de Dios no le llena de estupor, la idea del infierno no le desconsuela. Sabe que después de su muerte encontrará en su Dios, no un extraño, sino un Padre; no un juez, sino un Hermano; no un enemigo, sino un Esposo; no un vengador severo, sino un generoso Remunerador. Sabe que al salir el alma del cuerpo no tendrá que recibir reproches, sino elogios; no muestras de desden, sino caricias;

(1) Quasi jure convivium! (Prov., xv.)

(2) Ubi est, mors, victoria tua? Ubi est, mors, stimulus tuus? (1, Cor., xv.)

no penas, sino gracias; no castigos, sino coronas. Así, con la alegría en la frente, la sonrisa en los labios, la confianza en el corazón, asiéndose al madero de la cruz, lleno de valor, se lanza de la tierra al cielo, hasta el seno de la felicidad y del amor de Dios.

Dichosos, pues, aquéllos que, dóciles á la acción de Dios y de la Iglesia, se dejan penetrar por la acción de la levadura de la gracia! ¡Dichosos si esa levadura no penetra solamente en una porción, sino en toda la extensión de su sér; en su inteligencia, por la gracia de la verdadera fe; en su cuerpo, por la gracia de la santificación, de la modestia y de los ejemplos de Jesucristo, de manera que el hombre todo entero, penetrado de ese elemento divino, sea vivificado por el santo amor, y alcance una dichosa fermentación! *Donec fermentatum est totum!* Así son transformados en Jesucristo, elevados al más alto grado de honor en esta vida, y colmados de felicidad y de paz hasta que obtienen la posesión del reino de los cielos.

SEGUNDO PUNTO. El apóstol San Pablo, escribiendo á los corintios, les decía: «Haced de manera que echeis fuera de vosotros la antigua levadura, á fin de que llegéis á poseer sinceramente la santidad y la virtud (1)»; luego si hay una levadura divina, hay también una levadura diabólica; si hay una levadura que prepara al reino de los cielos, hay también otra que pre-dispone al infierno; si hay una de que es menester hacer provisión, hay también otra que debe arrojarse de sí; si la una es la gracia, la otra es el pecado. Y en efecto, así como la gracia transforma al hombre en un sér divino, lo ennoblece, lo perfecciona y lo hace dichoso, así también el pecado transforma al hombre en un sér abyecto, lo degrada, lo hace soberanamente desdichado.

Considerad aquellos cristianos en quienes queda la levadura del pecado y las pasiones. ¡Oh! ¡Si pudiésemos ver un alma en pecado! ¡Qué espectáculo nos presentaría! ¡Qué lascivas vaguedades en la imaginación, qué inconstancia en la voluntad, qué bajeza de gustos, de deseos, de intereses, de cuidados! ¡Qué vanidad en sus pensamientos, qué ligereza en sus deseos, qué torpeza en sus afecciones, qué desenfrenado desorden en sus cos-

(1) Expurgate vetus fermentum ut sitis azymi. (1, Cor., v.)

tumbres! ¡Cómo le turba cualquiera cosa, cuán hipócrita es en su disimulo, cuán frívola en sus resentimientos, cuán vil en la adulacion, cuán injusta en sus pretensiones, cuán impaciente en el sufrimiento! La Santa Escritura lo ha dicho: El alma humana se concentra toda entera, se identifica, se transforma en lo que ama. Así, pues, lo mismo que el alma en estado de gracia que no ama más que á Dios y todo lo que se relaciona y pertenece á Dios se hace un alma espiritual, celeste, divina; así tambien el alma que no ama más que los placeres, los bienes, los honores de la tierra, llega á ser un alma ciega, dura, insensible á todo lo que es noble, delicado y virtuoso; un alma carnal, terrestre, todo animal: « Se han hecho semejantes á lo que aman », ha dicho un Profeta (1). Además, por consecuencia de esta horrible transformacion debida á la levadura del pecado, el carácter del cristiano se degrada, el sér humano desaparece, la razon que le distingue del bruto se oscurece, se confunde en la materia y queda como envuelta allí: « Desdeñan á los brutos privados de razon, ha dicho el Profeta, y se les parecen » (2).

Vanamente, de los placeres gozados pasa el pecador á otros. En vano su concupiscencia aspira sin cesar á nuevas sensaciones ilícitas, su ambicion á nuevos honores y títulos, su impudencia á nuevos atentados contra el pudor. Mientras no posee los objetos de su afan, viéndolos de léjos en la perspectiva engañosa de bienes considerables é infinitos, porque todo lo que de léjos se ve es como sin fin, los busca con todo el ardor de sus transportes; pero cuando los ha obtenido á precio de mil fatigas, de mil sacrificios, la venda cae, el encanto se disipa, el prestigio y la ilusion se desvanecen, y se apercibe de su error; ve que ha sido engañado, se irrita porque no puede seguir en su engaño, y acabando por tocar con la mano el vacío, la nada de lo que ha obtenido, lo desprecia, lo desdeña: *Possessa vilescunt!*

No: el hombre no está nunca ménos contento de sí mismo, segun la Santa Escritura, que cuando se entrega á sus propios deseos. Cuanto más se afana por contentarse, más se atormenta; cuanto más se satisface, es mayor su miseria, y mientras espera

(1) Facti sunt sicut ea quæ dilexerunt. (Os., ix.)

(2) Comparatus est jumentis insipientibus et similis factus est illis. (Psalmus XLVIII.)

alcanzar paz y reposo, no le queda en definitiva más que el sufrimiento. Su vida está sembrada de espinas, sus placeres están mezclados de amargura, sus alegrías se cambian en llanto, y léjos de encontrar la dicha, no descubren ni aun el camino de ella (1).

La beatitud consiste en el reposo del apetito satisfecho en cuanto á todos sus deseos naturales y legítimos. Luego si los deseos naturales y legítimos de un corazon creado por Dios y para Dios no pueden ser satisfechos más que en Dios, el hombre que tiene el corazon ligado al amor de los bienes terrestres, y por consecuencia léjos de Dios, no puede experimentar la calma de la paz. Nada perecedero y finito podrá jamas satisfacer el alma humana, tan infinita en sus deseos cuanto es inmortal en su duracion. Por lo mismo que el corazon humano, creacion de Dios para Dios, se separa de Dios para ligarse á las cosas del mundo, experimenta una lucha intestina entre el espíritu y el cuerpo, entre la religion y las pasiones; la levadura de la naturaleza corrompida obra contrariamente á la de la gracia que tiende á dominarla.

Las nobles facultades del alma que rebaja, degrada, envilece, revindican sus derechos ultrajados, sembrando espinas, amarguras, venenos de todas clases en el camino del desórden, advirtiéndole sin cesar que hay otra ley que la de los sentidos, otra beatitud que la de la voluptuosidad. Todo su sér moral está en tortura. Á la corta embriaguez del placer sucede siempre el remordimiento, acompañado de interminables angustias.

Vanamente hastiado de todo, irritándose contra todo, aún contra la esperanza, se entrega á una alegría sombría entre sus propias torturas, y en el embrutecimiento de su razon ilusionada busca una imagen de reposo.

En vano procura distraerse fuera de las diversiones é ilusiones del mundo; le sucede, dice San Agustin, como á un hombre que se va de su casa para librarse de los accesos del mal carácter de su esposa (2). Á donde quiera que vaya, aún fuera de sí mismo, se encuentra siempre, es siempre desgraciado. ¡Así lo habeis

(1) Contritio et infelicitas in viis eorum et viam pacis non cognoverunt. (Ps. XIII.)

(2) Mulier rixosa conscientia mala. (S. Aug.)

decretado, Dios mio, exclama San Agustin, y así será siempre: un corazon que se dedica al crimen, es un corazon en desórden; y todo corazon en desórden es para sí mismo su castigo, su suplicio, su verdugo! (1).

Entre tanto, para ese corazon en pecado llega, como para todos, el momento determinado por la ley general. La última enfermedad lo sorprende en ese estado de inmensa miseria y de degradacion profunda. Entónces, á la vista del abismo sin fondo donde va á caer, á la vista de esa sombría soledad, de ese eterno silencio, de ese frio sueño, de esa privacion de todo bien que le aguarda en la region de los muertos, en la mansion de su eternidad, ¡ay, cuántas ideas desconsoladoras vienen á pesar sobre esa inteligencia degradada, cuántos remordimientos á agobiar ese corazon corrompido, trastornándolo, torturándolo y comenzando por él en la tierra el suplicio del infierno!

Con la consternacion en el alma, vuelve sus miradas en derredor; y en el pasado no ve más que placeres desvanecidos como una sombra, pecados acumulados, escándalos reiterados, la ley de Dios despreciada sin pudor. En el presente no apercibe más que un resto de vida fugitiva, un alma que no tiene ningun arrepentimiento del mal que ha hecho, y que no puede hacer bien; un alma agobiada por el horror de sus desórdenes y por la impotencia en que se encuentra de repararlos. En lo porvenir no ve más que un Dios sin piedad para él, un Soberano sin clemencia, un Padre sin tierna compasion; no ve más que el infierno abierto á sus piés, un peso, una medida, una balanza, un tribunal incorruptible, un juez severo, una culpabilidad cierta, una sentencia irrevocable, eterna en sus efectos. Busca en su corazon la esperanza, y le responde la desesperacion; invoca la nada, y, como un espectro terrible, la eternidad se le presenta.

Así, pues, transformacion deplorable, depravacion real de todo el sér moral, envilecimiento, degradacion hasta la condicion de la materia y de lo bruto, miseria durante la vida, horror en la muerte; tales son fatalmente los efectos que produce en el alma la funesta levadura del pecado. ¡Ah! Hagamos todos por alejar de nuestro corazon esa levadura funesta, esa antigua le-

(1) Jussisti, Domine, et sic est, ut poena sua sibi sit animus inordinatus. (S. Aug.)

vadura de corrupcion, que no más que putrefaccion puede producir en nosotros: *Expurgate vetus fermentum*. Purifiquémonos por medio de la penitencia: *Ut sitis azymi*. Así la Iglesia, esa mujer tan industriosa como llena de afeccion, echando en nuestras almas la divina levadura de la gracia miéntras que estamos en la tierra y activándola por una total reforma de nosotros mismos, podrá hacer de nosotros panes sabrosos y celestes, dignos de ser presentados á Dios en el banquete de la vida eterna. Así sea.